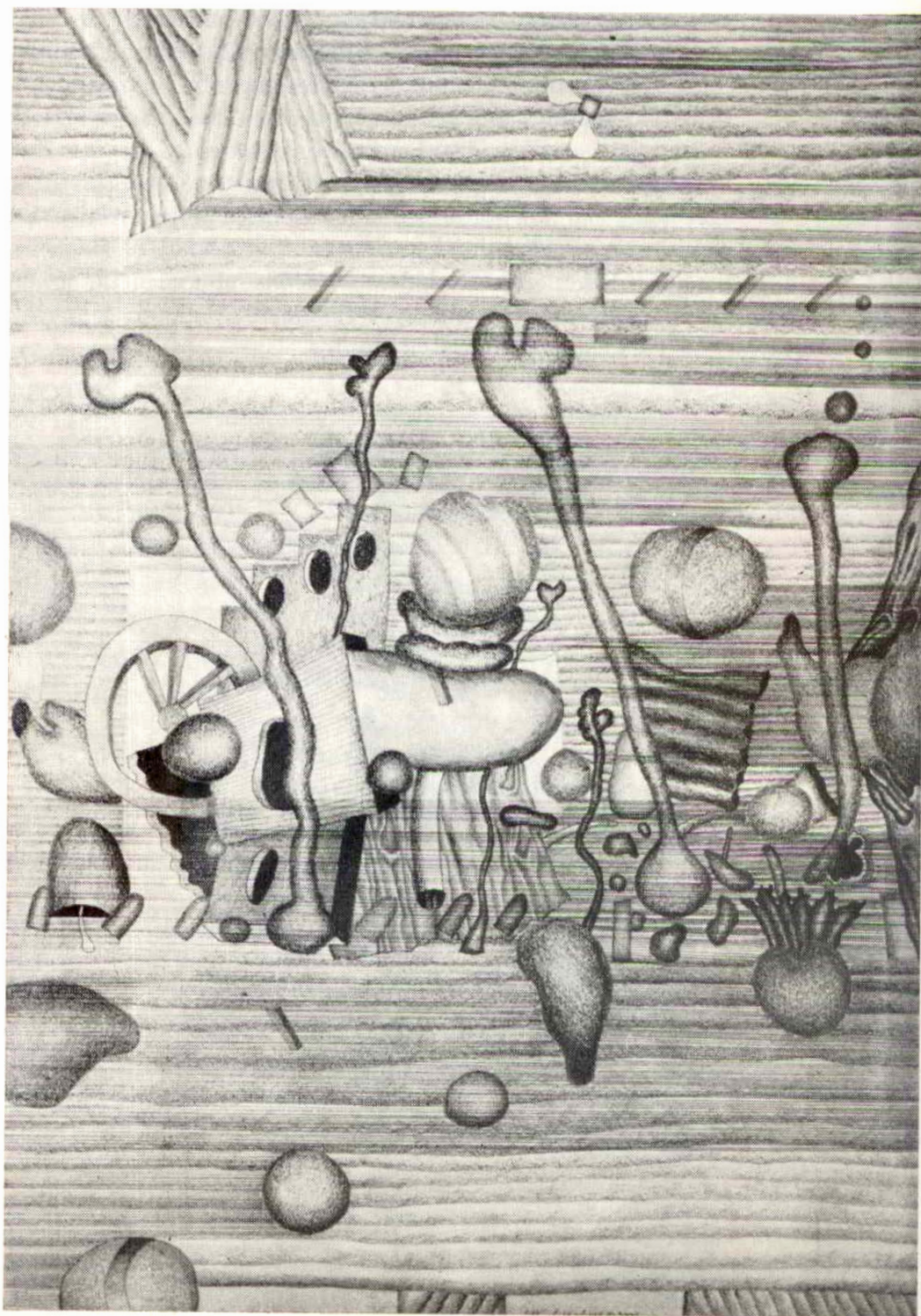


TRES NOVELAS INEDITAS

DOMINGO MILIANI
SALVADOR PRASEL
CARLOS NOGUERA

34



LAS CUATRO PIEDRAS

Por Domingo Miliani

2 (La Remendada)

Esta es una ciudad de ojos multiplicados, Andrés (*en los tuyos*), en las ventanas con romanillas agujereadas para que cada mirar proliferase y aeeche mejor la hora de la siesta, el rezo (*cuando los ví contra mi dirección contraria*); hay ojos de buey en lugar de claraboyas Alberto (*cuando paseábamos las primeras veces para no vernos sino con ellos*). Debajo de las piedras de las calles, cuando las calles eran empedradas (*y tú caminabas, Rosario de la mano de tu madre Doña Rosario, hacia las misas de aguinaldo*) salían ojos para mirar por entre mis piernas niñas Ricardo (*Niña Rosario no se suba a la mata de guayaba porque los muchachos la miran desde abajo y eso es pecado*). En el campanario había ojos de golondrinas y palomas asediando los amaneceres (*yo te miraba desde el campanario cuando Venancio nos dejaba subir para que le escribiéramos las cartas de la novia*) Andrés. Y desde la calle otros ojos disparaban contra las alas negras y blancas (*pero no eran los tuyos que aprendieron mi propio lenguaje silencioso*). En los postes de los viejos faroles de carburo (*Rosarito, que ya es muy tarde y no tarda Ceferino, métase ya mijita que todos la están viendo*) y por las noches sin neblina, ojos en los cerros, casas en vigilia; en los patios, luciérnagas que entraban por los postigos a vigilar los sueños, Alberto (*en mi tierra a las luciérnagas les dicen suqueses*), pero ellas no eran espías, porque sabían callar mis indignaciones y mis insomnios (*yo te soñaba entre almohadones de plumas de garza que había comprado doña Rosario en el viaje que hicimos juntos*); y cuando yo fumaba a escondidas, en la media noche (*las mujeres que fuman huelen a sobaco de peón, o hombre, y la mujer no debe oler a otro hombre que no sea su marido*) las luciérnagas bajaban a mis manos como si fueran ojos de fantasmas, Ricardo (*casémonos, Rosario*); ojos a la vuelta de las esquinas en las mañanas de domingos y misas de seis (*Ya viene el padre Negro y nos va a ver, Andrés es mejor que te vayas*); ciudad de ojos persiguiéndonos, Alberto (*deja el miedo y espérame a las cinco; diles que vas a comulgar porque es primer viernes*), en todas partes, ahora y en la hora de nuestra muerte (*mataron a don Andrés Torres, de un tiro por la espalda; yo los ví cuando bajaban corriendo por la pendiente del río*). Ciudad de ojos y lenguas en telegrafías invisibles. Ojos que proyectan las oscuras historias de los zaguanes (*anoche estaba Rosarito besuqueándose con el nuevo novio, el catirito ese recién llegado, el que alquiló la pieza de la botica de Don Ernesto*) y lenguas que transmiten (*el misterio de los panes y los peces, que ustedes yo no creen pero que dio de comer a doce*

apóstoles y a un pueblo famélico) proliferaciones de murmullos; panes y peces envenenados en multiplicación de nacimientos, muertes, adulterios, incestos, fugas nocturnas (*que se establezcan conciertos diarios; la música los hará olvidar los chismes y oirán otras cosas que no sean maledicencias. Así se hará, señor Gobernador*).

Lenguas que se ejercitan en sobremesas de cadáveres, velorios y funerales (*dejó una herencia gorda; don Andrés prestaba el diez por ciento, no fue por lo de las faldas, según dicen; ahora viene la rebatiña*), actos de graduación, discursos, editoriales (*y todos deberán comprar suscripciones para demostrar que son buenos fieles*). Cuando los satélites giren, nos mirarán desde muy lejos y las lenguas metálicas transmitirán mensajes por sobre las tormentas, Ricardo (*no me importa estudiar y trabajar, pero casémonos*) más allá del relámpago y la niebla (*que se establezca vigilancia en todos los parques y carreteras después de las nueve de la noche*). Así se hará señor Gobernador). Ojos opacos tras el cristal de las linternas en las noches de lluvia intensa. (*Debe ser una equivocación monstruosa. No señor, yo los vi, se fueron en un carro negro; serían como las cinco de la mañana; yo venía de misa y de confesarme*). Lenguas que huyen por las alcantarillas y empozan su baba torrentosa entre los huecos de la calle principal, Alberto (*Acúseme padre. No hija, no pierda el tiempo. Espere unos días que no faltará quien venga a acusarla. Ahorre saliva que buena falta le hace para hablar con sus amistades*); ojos tras la hilacha maloliente del confesionario, Ricardo.

36

Ojos que observan, vigilan, siguen, descubren, ojos azules, Andrés (*como los tuyos esta noche, bajo los míos, mírame*) para enamorar o para calumniar, Alberto (*te están comiendo con los ojos, mijita, ciérrate el escote*), para cercenar y penetrar más allá de las paredes, por las rendijas de las puertas, detrás de los árboles, (*cuatro retretas a la semana y así no andarán escondiéndose o revolcándose en los potreros. Así se hará, señor*), en los intersticios de la harina de los panes recién cocidos (*no me importa que hables de la multiplicación de los panes envenenados, Rosario; esta noche a las diez*) y en las burbujas de la cerveza que vas a tomar con tus amigos, Ricardo (*y después nos casamos*). Lenguas que adivinan o intuyen, siempre más allá de lo que pueda verse; lenguas que imaginan y perfeccionan lo que no pasó nunca (*la historia, mis queridos alumnos, en todo caso, es una sucesión de inventos. Coje pelota, cronista*). Lenguas transeúntes resbalan en la lluvia (*Alberto dice que las lenguas inventaron la ciudad. La ciudad tiene historia*); lamen huellas y se estiran por las calles (*con tanta plata que le dejó el viejo, seguro que Andresito se va a casar con la Remendada*). El ojo clínico de los estudiantes lo tiene por herencia de sus abuelas, Ricardo (*déjame jugar con tu lengua y hablarte en los labios; es mejor que al oído, Rosario*), para rezar mil veces tu nombre; *la tuya es la única lengua que no me ha hecho daño, Ricardo*),

en los resumideros ojos y lenguas entremezcladas, en las telarañas con rocío; en los nidos de los azulejos que tú robas por las haciendas, Alberto (*el pan nuestro envenenado de cada día dádnoslo hoy*). Y cuando todos piensan que duermen, hay ojos de ángeles o Refugio, Ricardo (*pero ellas no han podido descubrir el sexo de la lengua que recorre sus cuerpos en las noches sin ojos, Rosario; esta noche sin falta y nos vamos mañana. Nos casaremos bajo pretexto de vida en concubinato. ¿Te importa?*, tal vez Brígida ronca y Pura tiene Pesadillas; turnos de día y noche, de noche y día: yo los ví; las lenguas nunca tienen nombre, Andrés (*y ahora cuando podemos irnos lejos de esta ciudad que detestas tienes que pensarlo*).

Ojos que a veces dudan, pero encuentran respaldo de las lenguas de yo no los ví, pero por ahí dicen; entre la música de las siete y media, la campanita de los noticieros, un vocero autorizado dijo haber visto, Alberto (*y mientras me miras así, a lo hondo, voy a enseñarte olvidos*); ojos que no pueden parpadear todos a un tiempo en sus relevos incessantes de por ahí comentan, Ricardo (*recórreme, ha habido muchas lenguas que desde lejos enroscaron en mi carne, destrozaron mis ropas y después gritaron que iba desnuda, o casi desnuda*); leyenda que crece en la fecundación de oídos y por ahí andan comentando (*Mírala como viene a misa, por poco no entra desnuda; mírale el escote; cállate que nos está viendo monseñor*); murmuran y cuchichean, Andrés (*déjame que te grite por la sangre*) imaginan o suponen; presienten (*todos dicen que es puro cuento pero Brigidita vió cuando él entraba; el portón estaba entrecerrado; yo estaba rezando el rosario de las ánimas y ellos de seguro que andaban en los misterios gozosos*); aseguran o dudan, pero nunca desmienten (*él iba vestido de oscuro y ella le alumbró la cara con una vela*); ojos que parpadean en las lámparas votivas y se alargan en una llamarada que reencarna en una lengua calcinante (*bueno yo no sé si era él o era otro, porque estaba de espaldas*); y cuando muere un deudo era tan bueno que todos callan un minuto para desmenuzar un siglo (*dadles señor el descanso eterno, y brille para ellas la luz perpetua*) de pequeñeces que todos vieron o recuerdan o les contaron o leyeron en alguna parte, porque hasta los libros son vidas ajenas (*como yo estaba rezando no le puse mucha atención*) que otros han visto y luego escriben, Ricardo (*en silencio, Andrés. No, mi vida casémonos mañana o vente conmigo; yo me encargo de hablar con los viejos*). Establecen filiaciones y cruzan arterias desencontradas (*pero se quedaron mucho tiempo; la luz de la vela se colaba por la rendijita de abajo; por eso estoy segura que fue en el zaguán; esta mañana, cuando Refugio iba por la leche vió manchas de sangre en los ladrillos, antes de que Don Ceferino saliera con la escopeta; ya para qué, bien lejos irían*); investigan y esclarecen misterios (*ella no quería irse, pero él la obligó; y vos cómo sabeis si estabas tan distraída rezando; porque me dijeron los Román que los vieron pasar cuando ya había amanecido y ella tenía*

la cara afligida o arrepentida y se quería bajar del carro y él la sujetaba por los hombros). Maquillan rostros y deforman cuerpos, pero siempre miran para decir, dicen para ver mejor; cierran los ojos (la verdad es que yo tampoco estoy muy segura, pero me parece que sí eran ellos porque el ronquido del carro negro es igualito al que dice Brígida que oyó esta madrugada; sería que iban muy apurados a terminar de arreglarse las cuentas que dejaron pendientes en el zaguán), pero los cierran para recordar detalles que nunca conocieron por sí mismos.

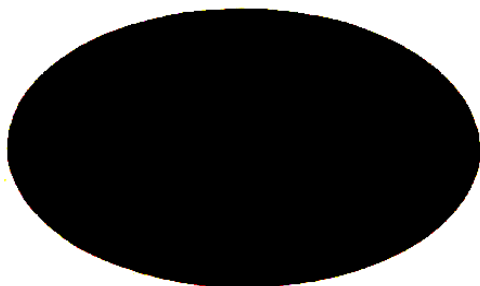
38 Ojos y peces envenenados (*¿Ricardo, tú has visto alguna vez las truchas preparadas en gelatina? No recuerdes, mi cielo. Anoche soñé que yo estaba congelada en una masa igual y que al hervir en el hielo gelatinoso, salían burbujas y eran ojos que me estaban mirando y en el fondo del cristal te veía; yo estaba sobre tí, entre la gelatina y tú tratabas de nadar para no llegar nunca y Refugio, Brigidita, Pura y Angeles golpeaban arriba con unas enormes cucharonas de madera*). Ciudad de mito y adivinanza, de invento que es historia, de mirada que es verdad; de lengua que nunca fue desmentida; de apellidos numerosos y nombres superpuestos, ojo y lengua siempre alrededor, por las calles, los jueves por las noches de retreta, dos por fuera, dos por dentro, en la acera o por los bordes interiores de la plaza; cuatro mirando a otros cuatro que no se hablan entre sí por enemistades que nadie recuerda pero todos cuentan; dos diciendo lo que otras dos nunca dijeron; dos callando para ver mejor (*Brigidita se está quedando sorda de bola*), mientras cuatro esperan la próxima vuelta (*el hijo de don Ceferino se va a terminar de volver doctor en Francia*); cuando la música arremete, las lenguas apresuran sus movimientos serpentinos, los ojos gritan por la calle (*antes andaban los novios, cada uno en un sentido distinto y apenas si se atrevían a mirarse, era el amor de miraditas*); cuando el director levanta la varita, se opera el milagro de las memorias colectivas que todos llevan en anales calumniosos detrás de los labios, entre dientes (*después, las parejas caminaron en el mismo sentido, siempre alrededor de la música; por las calles de afuera los estudiantes*); cuando el maestro descende el brazo para que la orquesta arranque los ojos miran hacia recónditas zonas donde se almacenan rencores o venganzas libradas en duelos de lenguas que desarrollaron apellidos y fortunas (*por los caminos internos, los señores y el señor Gobernador: himno nacional a las doce, para salir al almuerzo*); cuando la música interrumpe sus estridencias y descompases, las voces aún están muy altas y los ojos se dilatan de sorpresa (*en las esquinas, los que no habían ligado todavía, pero lanzaban los ojos al pavimento en una pesca llena de parsimonia y cautela para no equivocarse el disparo*); bajan las voces a un coro viscoso de por ahí andan comentando hace días (*y concluidos los asedios tomados de la mano sin hablarse, para que los demás oyeran lo que no imaginaron decir nunca*); las noches de jueves cuando brizaba, el interior

de la plaza se poblaba de hongos negros, honorables abuelos del sobre-todo y el abrigo, paraguas que parecían disolverse en la niebla y debajo de los cuales se amparaban dos o tres cabezas muy vecinas en el cuchicheo (*ahora las manos hablan por los noviazgos, que otras lenguas se ocuparán de referirlos cuando los ojos poco sirven entre la neblina y cuando Brígida se está quedando sorda de bola*); con la última pieza de retreta, el silencio de los ojos, el concierto de las lenguas podía continuar aún quince minutos antes de que un ojo amarillo y parpadeante comenzara a asomarse por las claraboyas de la torre y Venancio, ya retirado de las escalinatas, hacía sonar primero el portón grande, abierto de par en par en hospitalidad al enorme vientre negro del Padre (*Angeles está con pasmos y calenturas; Pura baja casi al trote con sordina de sus alpargatas de cocuiza y viene a aliviarla y a traerle un caldito a la vecina, porque usted no ha visto como andan las cosas en la Facultad de arriba; pero me lo contaron, Pura; eso es el colmo Angelita. Esta mañana vino Rosario indignada con lo que le pasó a Juvencia con Edmira, la Redimida; y por qué la Redimida, Refugio; porque ellos la perdonaron y la mandaron a la misma clínica donde llevaron a la Remendada*). Cuando Venancio hace iluminar la torre, ya van a ser las nueve; todo se va drenando menos la neblina que aumenta y queda apropiada de las calles y la plaza, por fuera los estudiantes, por dentro los señores; y el señor Gobernador.

Cuaresma obligada y ayunos de pan instilado de ácidos; abstinencia de peces letales que bullen en el Sermón del Viernes Santo (*Porque el maestro barruntaba una traición de algún discípulo; qué será barruntar, Angeles; no seas bruta, Refugio, pues no véis que le untaron barro en la copa de vino y por eso inventó lo de los panes y los peces; cállate Brigidita que te está viendo Monseñor*). Ciudad multiplicada hacia arriba para mirar mejor, porque ya no tiene hacia donde extenderse en lo horizontal (*don Ceferino dijo que iba a tumbar la casa para hacer un edificio, porque no soporta el recondenado zaguán*). Ríos cercenándola por los cuatro costados, mordiéndole las faldas a la Sierra, lamiéndole los pies a los repechos (*Hay que prohibir los baños en el río y los paseos de pesca a las quebradas altas. Así se hará, señor Gobernador*). Lenguas líquidas y vertiginosas, voraces y precipitadas en una murmuración de aguas crecidas, desgredadas contra las piedras de algún mal momento; (*el hijo de Ceferino se fue para Francia en un barco grandote y le mandó una postal donde está él mirando desde arriba a la gente que le dice adiós en la orilla de tablas*). En las espumas fluviales, ojos viscosos, burbujas tornasoles, tornavistas, aguas tuertas, miradas estrábicas (*dicen que la hija de la Remendada salió bizca como su abuela*) siempre hacia arriba, como esperando el nuevo infundio caído del cielo para alimentar a los desamparados de los edificios que invadieron patios y desmantelaron aleros. Por los subterráneos de las cloacas, siempre desembocando en cuatro ríos que las regresan cada noche, corriente arriba, hasta las bocas se-

dientas (*quédate calladito Alberto, voy a traerte agua; voy a beberla en tí, Rosario*); hasta las lenguas reseca y fatigadas de la faena corrosiva del día (*el Gobernador manda a que le toquen el himno hasta cuando va para el solar*). En las orillas, ojos que atisban un nuevo cadáver arrastrado hacia nadie sabe dónde ni por qué (*porque la honra es la honra, hijo, y usted debe lavarla; yo soy médico, papá, no soy lavandera. Me voy a terminar mis estudios y usted haga lo que le plazca con su honra y la de todos nosotros*). Y desde mucho más arriba, los deshielos y el aluvi6n oseuro de los nombres que se van deshaciendo; caen al torrente (*dicen que el tal Albertico dizque es hijo natural de un hacendado millonario que tiene como diez hatos en los llanos de Apure*); caen al torrente, fosa com6n de la mentira que se vuelve memoria heráldica (*para que no se olvide nunca qui6n soy yo. No dispare, por favor. Entonces se me casan mañana mismo a la primera misa que yo arreglo lo del Juez; y usted, Roberto, se me va ahora mismo de la casa por alcahuete; eso dicen que les dijo don Ceferino la noche que los encontr6 en el zagu6n, pero como que era Ricardo y no Andrés. Como todos se fueron de vacaciones, no se sabe por fin quien fue el que se fue bien apurruñado*).

40 Los ojos que no pudieron verlos, se enteraron al día siguiente, a plena luz, cuando las lenguas partieron en ronda cotidiana, en acto previo a los paseos de la plaza desierta, porque algo muy serio se está cerniendo sobre la ciudad (*dicen que anoche vieron desandar el ánima de Juan Casildo, el brujo, por los lados de la Quebrada Grande*). Mito o ánima, siempre dicen; virginidad o quebranto, agonía o preñez, lo andan diciendo por ahí, ninguno sabe decir qui6n, pero lo vieron con los propios ojos de un fantasma que no respeta tumbas ni alcobas; eso andan diciendo por ahí desde hace siglos.



LOS AMIGOS DE LA NEGRA

(Fragmentos de Novela)

Salvador Prasel

El Mustang 68, rojo, techo de vynil, automático, full equipo, se lanza por dos o tres calles semidesiertas de las Colinas sin mayores inconvenientes para desembocar, entre la Creole y la Sears, en una avenida que luce como un gigantesco y desesperante estacionamiento, donde en realidad ni se sabe en qué direcci6n se mueven los carros, ni cuáles de ellos están parados, ni por qué hay tantos choferes fuera de sus vehículos y mucho menos cómo se le ocurre a Alfredo Sadel cantar por radio, a todo volumen y a las nueve de la mañana, a la Caracas hermosa.